

Amadísimos fieles

Hoy vamos a dar comienzo a la exposición de los mandamientos de la ley de Dios para continuarla en pláticas sucesivas. No por ser antiguos dejan de tener actualidad, pues la prosperidad del hombre, la verdadera paz y la verdadera felicidad aun terrena y temporal dependen de su cumplimiento e incumplimiento y ~~ante~~ la eterna Dios tiene prometida solamente a quienes los cumplan. Pero para cumplirlos hay que conocerlos. Por aquí debemos comenzar.

Hoy toda la humanidad, todos los hombres están pendientes de los resultados a que puedan llegar esas grandes asambleas, esos grandes congresos en los que se agrupan los hombres más representativos de todos los países y hasta nos atrevemos a hacer depender la futura suerte y dicha de la humanidad de los acuerdos que ellos puedan adoptar. A veces creo que hasta pensamos que independientemente de lo que cada hombre pueda pensar y hacer en virtud de esos acuerdos y de esas formulas es posible encaminar a la humanidad por sendas de paz y de orden. No vamos a decir que están demás esas asambleas o esos congresos, pues sabemos y reconocemos que las leyes y los principios necesitan para ser eficaces acoplarse a las nuevas necesidades y nuevas situaciones que se van planteando y eso es necesario que se haga. Pero por muy acertadas que sean las formulas y muy acomodados los acuerdos si con ellos se hace lo que hacemos con los mandamientos, no cumplirlos, no tomarlos cada uno para sí, no esperemos que den ningún resultado positivo. Seguiremos igual o peor de lo que estamos. Y qué duda cabe que la suerte y la facha de la sociedad sería hoy mismo completamente diversa si cada uno de los hombres se propusiera cumplir esos mandamientos esculpidos por Dios en piedra cuando los dió a Moises, pero grabados en el mismo corazón humano cuando crió al hombre? Qué problemas tendríamos si es que los hombres se propusieran cumplirlos exactamente? Habría entre nosotros cuestión política o cuestión social, esa cuestión que absorbe tanto la atención de todos si se pusiera en ejecución el séptimo mandamiento o si quereis el quinto? Cabría imaginar la vida en el mundo suponiendo a cada uno cumplir sus obligaciones, sus deberes con la precisión y exactitud que reclamen esos mismos mandamientos.

Pero por desgracia hemos de confesar que no los cumplimos no siempre por no quererlos cumplir sino por desconocerlos muchas veces. Qué triste realidad la que nos ofrece nuestro pueblo en este sentido! Qué ignorancia existe en esta materia. Nacidos en el seno de una familia cristiana y educados también en una escuela cristiana los aprendimos, pero los aprendimos en una época de vida en que teníamos una visión tan estrecha de la vida y del mundo, los aprendimos cuando nuestro espíritu de observación era tan pobre que cuando hemos progresado en la edad y han ido suscitándose una serie de problemas en nuestra vida no los hemos sabido comprender bajo y dentro de aquellas formulas un poco genericas que entonces estudiamos. Hay una anécdota que aparte de su gracia tiene un fondo de verdad por lo que me atrevo a aducir en este momento. Cuentan que un día se acercó a confesarse un gitano. El sacerdote naturalmente le preguntó si conocía los mandamientos de la ley de Dios a lo que repuso el gitano. "Mire Usted Padre, los iba a aprender, pero como he oído un runrun de que los iban a quitar, no los he aprendido". Cuantos de nosotros no nos hemos preocupado porque nos hemos hecho eco también de un runrun de hombres que decían que eran cosas anticuadas, cuantos de nosotros no los conocemos pretextando falta de tiempo e ando no hay en realidad más que falta de interés. Acaso esos mismos no pierden oportunidad para enterarse de las últimas manifestaciones que han salido de boca de tal o cual personaje como si para la

EL DECALOGO

-1-

suerte futura del mundo hubiera de esperarse de ellos la formula magica o la solución acertada. Y pasan los años y se va olvidando, lo poco que se aprendió en la catequesis y nunca se le ocurre a uno tomar un libro para enterarse de lo que ras le puede interesar. Mientras la humanidad no comienza a valorar la vida presente con la perspectiva de la eterna, mientras los hombres no estudien y solucionen sus problemas a la luz de estas leyes eternas y encaminen sus pasos por la senda trazada por Dios desde toda la eternidad, no vamos a tener ni paz ni justicia ni orden, porque no va a haber quien lo imponga. Un gran pensador y filósofo que ha estudiado muy acertadamente el estado de animo del hombre moderno y los problemas de nuestros días, en un libro que se titula la Rebelión de las masas, estampa esta frase echando una mirada al porvenir de la humanidad: "Dentro de poco subirá de todo el planeta un aullido pidiendo que alguien mande o imponga un quehacer". Si, esta es la crisis de hoy en día: no se sabe para que es la vida y no se sabe para que vivir: la vida está vacia mientras no se ponga a algo. Es precisamente porque algo de esto ha presentado el pueblo por lo que en un momento ha adoptado los sistemas totalitarios en los que se atribuía a alguien, por desgracia a un simple mortal como todos los demás, la facultad de determinar todo a cada uno. Del fondo de todos los buenos corazones sube un gemido pidiendo que alguien mande, porque la autoridad es necesaria para la paz y el orden, la autoridad es necesaria para la convivencia humana, pero autoridad y no fuerza, no tiranía, no opresión y cuando los hombres no reconocen y respetan a Dios, cuando la autoridad humana no se asienta en ese respeto que todos deben sentir a Dios fatalmente cae en la anarquía o en el despotismo. Pediran, mejor dicho todos piden que a cada uno se le señale su quehacer, pero todos quieren que se señale ese quehacer de una forma consentanea, de una forma adecuada a la naturaleza humana, a nuestra dignidad de seres libres y racionales como lo hace Dios señalandonos el camino claramente y despues dejando su seguimiento a nuestro albedrio bajo la sanción de premio o castigo previamente fijados y determinados. Ahí tenemos en Dios la autoridad que necesitamos reconocer y ahí tenemos en esas breves formulas del Decalago determinado el quehacer que nos corresponde. Así sea.